



DE ENEMIGO A SOCIO PREFERENTE

Vladislav INOZEMTSEV



Un día después de la inauguración de Donald Trump como presidente de EE UU, el debate sobre el futuro de las relaciones ruso americanas se intensifica, con muchos creyendo que el nuevo presidente de Estados Unidos será demasiado «suave» con los rusos debido a sus simpatías personales hacia Putin. Diría que es demasiado pronto como para especular sobre las fronteras de la relación entre Trump y el presidente ruso, pero se pueden predecir algunos puntos que ya parecen relativamente evidentes. En primer lugar, dudo que el escándalo sobre el «hackeo» ruso dañará de manera significativa las relaciones entre los dos líderes: Trump no pidió en ningún momento ningún tipo de ayuda a Moscú durante su campaña, e incluso si los rusos conspiraron contra Hillary Clinton, fue su elección y no una petición de Trump. Así que me inclinaría por pensar que el asunto se desinflará en los próximos meses, permitiendo a los dos dirigentes de las superpotencias comenzar con «una hoja en blanco».

Lo que es definitivamente cierto es que Trump y Putin tienen mucho en común: se creen líderes naturales, admiran las posiciones políticas ofensivas y el uso de la fuerza, no confían tanto en principios como en un acercamiento «caso por caso», etc. Los dos están en cierto modo alejados de la realidad, el primero porque es un recién llegado a la política, el segundo porque lleva en ella demasiado tiempo. Podrían convertirse en grandes amigos fácilmente tras su primera reunión (y parece que ambos están por la labor) pero eso no tiene que transformarse necesariamente en una alianza política sólida entre sus países.

Se puede prever que la relación entre ambos líderes –y por consiguiente en la relación entre EE UU y Rusia– evolucione de la siguiente manera. Cuando se reúnan –su encuentro personal no tendrá lugar a corto plazo, es posible que sea en verano, ya que cualquier tipo de prisa será interpretada por los adversarios de Trump como una suerte de premio a los rusos que ciertamente le ayudaron a ganar las elecciones– ambos establecerán una amistad fuerte que dará lugar a algunas concesiones bilaterales, eso sí, insignificantes (como la revocación de la ley Dima Yakovlev por parte del parlamento ruso o la eliminación de algunas sanciones a personalidades rusas por parte de Estados Unidos). Pero el futuro de las relaciones dependerá de dos factores clave. El primero será el tipo de exigencia que cada una de las partes proponga. Del lado ruso, diría que quieren el reconocimiento de Crimea y tener manos libres sobre Ucrania. En contra prestación, Moscú ofrecerá cambios en su postura sobre Siria y algo de coopera-

Trump buscará una alianza con Putin para aislar a China a cambio de que Estados Unidos reconozca la anexión de Crimea y dé vía libre a Rusia en Ucrania

ción en la guerra contra el terrorismo. Mi punto de vista es que Trump podría estar de acuerdo con los deseos de Rusia dado que Ucrania parece no tener un significado estratégico tanto para EE UU como sí para la Unión Europea. El problema estará en qué pedirá él a cambio. Si yo fuera el nuevo presidente de Estados

Unidos pediría a Putin que acabara con la entente cordial con Pekín y que se convirtiera en un aliado de EE UU en los temas relacionados con China, que es el mayor adversario del siglo XXI para Estados Unidos. En este caso, el acuerdo puede ser bueno para Occidente, excepto para Ucrania. Rusia quedaría más ligada a Europa económicamente y a EE UU políticamente. China perdería su gigantesco punto de apoyo y Occidente conseguiría una nueva palanca en lo concerniente a una Asia pujante.

Sin embargo, Putin al que en Occidente se mira con desconfianza, no aceptará un acuerdo de tal magnitud. Para Trump, el hecho de permitir a Rusia ahondar en su relación con Ucrania supondrá otra derrota en el juego geopolítico. Por lo tanto, espero que el anuncio del diálogo quede limitado a asuntos menores que

en un profesional en confiscar los negocios de terceros, piensa que puede romper las promesas dadas. Incluso hasta Merkel ha comentado que Putin le ha mentado docenas de veces, por lo que es previsible que siga actuando así en el futuro. Pero al contrario que la canciller alemana –obligada a mantener las relaciones con Putin– y que Obama –que redujo sus contactos con el presidente ruso– para Trump, el hecho de que Putin rompa una promesa, supondrá un insulto personal con todas las consecuencias. En un escenario cercano como éste, Trump se dará cuenta de que una persona así no puede ser un socio fiable para él ni para Estados Unidos.

Tratando de analizar una emergente relación Trump-Putin, yo diría que se asemeja a un romance tempestuoso roto por las peleas que acabará en un odio



Un cartel de un partido pro serbio muestra la imagen del presidente Trump y Putin en Danilovgrad, Montenegro

AMBOS MANDATARIOS TIENEN MUCHO EN COMÚN: ADMIRÁN LA POLÍTICA AGRESIVA Y EL USO DE LA FUERZA

cada vez serán más insignificantes.

El segundo factor tiene que ver con el estilo personal de hacer política de ambos socios potenciales. Los dos parecen poco respetuosos de las normas, pero lo que marca la diferencia entre ambos es el valor que cada uno otorga a la palabra. Trump, con su mentalidad de emprendedor, cree en las promesas dadas, pero Putin, como exespía convertido después

profundo y duradero, lo que a la postre marcará las relaciones entre Estados Unidos y Rusia hasta 2024. Porque yo supongo que Trump ganará la reelección fácilmente en 2020 ya que sabe despertar emociones en la política americana. Acabará convirtiéndose en un presidente con éxito y popular. En el lado ruso, Putin se ve a sí mismo como el líder de Rusia para toda la vida.